

Están Casi Todos Aquí, ¡Ay, Dios!

Maria Jesús Rodríguez Pueyo

Están casi todos aquí. ¡Ay, Dios!

Los recuerdos me vienen sin llamarlos. Claros como si estuvieran pasando ahora; siento cómo el corazón me daba brincos de alegría cuando de niña nos íbamos al Castrejón con la tortilla. Eran los fines de semana de Carnaval y hasta la Resurrección. Él siempre estaba abajo, esperando para cogirme cuando me tiraba por la Peña Farizosa. Con esos ojos de bicho, José aprovechaba pa juntarse más de la cuenta con la cosa de que no me hiciera daño. Yo me escurría, me escurría y salía corriendo. Parecía que el sol brillaba con más fuerza.

Tío Luis también ha venido. Está viejo. ¡Será centenario ya!. Jamás he podido olvidar cuando, después de la guerra, íbamos a su casa a venderle una carretilla de gabellones de centeno por dos pesetas, pa las gorras de paja. Nos veía con esa delgadez hirviente y con esas ojeras azules que le debían partir el alma y, a hurtadillas de Tía Nati, que era más agarrá, nos daba un trozo de pan y morcilla. A cambio le regalábamos una imponente sonrisa con falta de algunos dientes.

Crecimos y así, como si la vida lo hubiese decidido por nosotros, José y yo nos casamos. ¡Ay, Dios!, ¡qué tiempo tan intenso!. Él, mu bien plantao y yo, con mi vestido nuevo, negro, hecho en casa, con cuatro reales y nuestro escaso ajuar. Me veo viniendo de lavar del Pedroso, con un barreño más grande que yo, llenito de ropa aún mojá, y una barriga que me llegaba a Mohedas. No sabía si me iba a marear pero te tenías que apañar tú sola. Trabajando en el campo, en la casa, los muchachos, yendo a lavar o a por agua... ¡Calla, calla!. La matanza, el jalbegao, la candelilla,... ¡Qué dura ha sido la vida de las mujeres en Aldeanovita!. Por lo menos, la mía. No, y las de mis amigas también.

Allí veo a Tía Hilaria; desde que murió su Facio el tractorista no para en la casa. Se conoce que los recuerdos no la dejan vivir en paz y se siente mejor en la calle, visitando a la gente, de vecina en vecina. No se porqué, porque discutía mucho con él. Y total pa ná, porque él todo lo arreglaba con irse al bar, el probe hombre. Ahora ella va con la garrota que paece que se va a caer, pero lleva así muchos tiempos. ¡Ay la pobre!.

Y ahora ¡ay madre, de lo que me acuerdo!. De cuando nació mi Paco, que le brillaba la cara de alegría a mi hombre. Se movía nervioso de un lado a otro de la habitación y cuando llegaba alguien y le felicitaba, se crecía ufano y orgulloso. ¡Bueno, bueno!. ¡Eran los tiempos de los tiempos, claro!. Cuando se fue la Lucía la comadrona, me besó. La ternura de su beso aquel día, ¡qué cosa!, me llegó hasta las entrañas. ¡Ay, Dios!.

Me viene a la memoria aquel año. Habían matao a casi todas las ovejas de nuestro rebaño y a otras de los vecinos de por allí. Dijeron que fueron perros abandonaos que se

habían vuelto salvajes y mataban que y que pa comer, pero la mayoría las dejaban allí, muertas. Las olivas habían dao pocas aceitunas y malas. Fue un mal año. Yo miraba a mi hombre, serio, callao... Le admiraba por esa forma de aceptar la vida, tan sereno, cuando yo me moría de ganas de gritarle al Cielo que de qué íbamos a vivir. Al cabo, salimos adelante...

Julio ha venio desde el extranjero. Se le ve bien aunque ya también mayorcete. Dicen que tiene muchas perras y debe ser verdad porque se está haciendo una casa en la plaza. Me quería mucho; es sobrino nieto. Cuando se casó con la de p'allá, de Suiza o de por ahí, le regalé un mantel de 12, de deshilao. Mu bonito era.

Los que se me acuerdan ahora fueron tiempos muy duros. Quince días estuve sin comer y sin dormir. La muerte de mi Adela me volvió loca. Pero loca loca, sí. Mi cabeza era un barullo y todo me daba vueltas. Me negaba a que fuese así. No quería, no quería y no quería. Mi niña, ¡era tan joven!

Unos meses tan dolorosos pa un final tan horrible. Y después...el vacío, el sin sentido...¡Ay, Dios!

El pobre Miguel, desde que era niño se pasaba todos los días por casa con una excusa: que si le podíamos dar de beber agua del botijo, que si teníamos una goma que se le había roto el tirador y se iba a pájaros, que si teníamos un parche pa la bici,...Pero todos nos dábamos cuenta que buscaba a la Adela con los ojos, pa un la y pa otro, como el que no quiere la cosa.

Con once añitos la pidió salir a bailar en Salero; ella me contaba aquello que le dijo de que “o sales o te troncho el brazo”; y mi Adela, que lo estaba deseando, se sintió más feliz que la mujer de Don Enrique el maestro. ¡Qué cara tan bonita traía cuando venía de las eras de jugar a las calabazas!. Venía azorá y me decía: “madre, no soy capaz de decirle “calabazas”. ¡Maldito Cólico Miserere!.

Aquí está Miguel, con el desencanto en la cara. Hace ya más de 30 años pero, ni pa él ni pa nosotros hay otra Adela.

Yo entonces todavía tenía a mi hombre. Él fue el que tiró de mí.

Mis nietos los de mi Juan han venido en su coche. Ya conducen. La Vicen ha traído al novio. No los esperaba. La Universidad y los amigos les llenan todo el tiempo. Los estudios los llevan bien. Están guapos. ¡Ay, Dios!. ¡Ojala que tengan suerte con el trabajo y con los ennoviamientos, que tal y como están las cosas...! Bueno, bueno... la vida que sigue.

Se me cruzan otras cosas que...¡Ay, Dios!. Aquel día, cuando pasó la hora de comer y mi hombre no venía, sentí un mal presagio. Llamé a la María y me acompañó al olivar del Canchal. Me faltaba el aliento y el corazón me latía queriéndose salir. De lejos le vi. Estaba de bruces caído en el suelo todo lo grande que era. De vuelta al pueblo corriendo a pedir ayuda el camino parecía interminable. ¡Hubiera querido volar!. ¡Me pesaba tanto la vida!...que comprendía a Jesús camino del Calvario.

No podía llorar...

Iba todos los días a Misa a pedir por él y por mí. Cuando la Iglesia estaba cerrada y tenía necesidad de rezar, me acercaba a la cueva de San Antonio y allí soltaba todo mi desconsuelo a gritos. Ya tenía dos trozos de mi corazón en la otra orilla. Me ayudó bordar la sabanilla que hoy tiene el Altar de la Iglesia, mientras rezaba por su alma; por el alma de un hombre bueno.

Tío Cipriano y la Lola son buenos vecinos; Siempre vienen cuando hay algo. En los cumpleaños nos invitábamos a chocolate y unos de esos..., bizcochos del que viene del Campillo y rosquillas. A lo primero las rosquillas las hacíamos nosotras, pero ya no. Se que nos querían, aunque si se podían meter un poco en el cachillo tierra de Cañalafuentes, se metían. Total era correr un trozo las estacas. Pero el abuelo no quería líos aunque, se yo, que se preguntaba hasta cuándo tendría que aguantar; y yo, ya poco puedo hacer.

La Amelia también está aquí. Era una niña rara. Cuando se lo dijeron a la Ana la de Tío Colás no se lo quiso creer. ¡Cuánto luchó por esa niña!. Hasta la llevó a Madrí a que la vieran los médicos; y la pusieron un maestro, sí. Tenía la mirada perdida y solo aprendió tres palabras: algo pareció al “sí”, algo pareció al “ya” y algo como el “dame”; lo demás eran gritos que su madre comprendía, ¡claro!, como si se tratara de una niña chica. Vendieron casi todas sus tierras para sacarla adelante. Ahora es grande, vive sola y se defiende, ¡eso es mucho pa cómo estaba!.

Echo de menos a Tía Ángeles. Es mi amiga y un poco prima lejana. Supongo que su Teodoro estará con los tratos de las ovejas en la Feria del ganao de Talavera; ella se va siempre con él. Yo creo que es la única mujer de to' el pueblo que no se separa de su hombre. ¡ Hasta pasa al bar a tomar café con él!. ¡Vamos, vamos!. Aquí a los hombres no les gusta salir con las mujeres; parece como que tien vergüenza. Hasta en la Iglesia se ponen detrás y nosotras adelante.

¡Hay tanta gente...!, y no he podido poner nada pa ofrecerles...El murmullo de las letanías me produce sosiego...Hay unas rosquillas del hombre de Puente en la dispensa y unos bollos de no se qué que ha traído la María, pero no creo que mis nueras se den cuenta..., o no se...

¿Qué pasa?. ¡Ah, ya vienen a por mí!.

Me veo muy mayor, si, muy mayor...Yo estoy bien. No me duele nada. Se me llevan. Mi cuerpo en el ataúd va el primero. Me llevan mis hijos, pero yo me mezclo con la gente. ¡Son muchos!.

Lloran por mí.

¿Y ahora qué?...

Entremedias de mi gente, esperaré...